

LARRAGA MERECE

Los rayos del sol acariciaban a las plantas que poco a poco iban despertando. El viento las mecía con suavidad, la primavera había llegado y en esos primeros días, cuando la naturaleza despertaba del letargo, visité Larraga por primera vez.

En apariencia era un día de primavera como cualquier otro. Nos desmontamos del coche y comenzamos a pasear por las calles del pueblo. Calles recubiertas de adoquines que quedaban rodeadas por casas de piedra. Plazas con porches de arcos. Todo lo que necesitaba para ser un pueblo sacado de un cuento, casi podíamos oler la paz que inspiraba.

Estábamos mi familia y yo paseando por la Calle del Pinar, cuando llegamos a la iglesia de San Miguel Arcángel, un templo que resumía la arquitectura Navarra. Me invadieron los recuerdos de mis clases de arte.

Al irme, me pregunté cuándo volveré, porque LARRAGA MERECE.

Fdo. Sirenita

